

co en 1810, en tanto que el autor de la introducción (p. 8) avanza su permanencia en dicha ciudad hasta fines de 1811, en el cual tiempo estaba en la ciudad de México, según los informes de la Junta de Censores. El esfuerzo por probar que Lizardi fué un patriota dado a apoyar la causa revolucionaria en 1811, citando palabras de un dañino ataque al gobierno por haber recompensado sus actividades de 1821 con el sueldo de capitán retirado, a duras penas indica buen juicio.

Sin embargo, el trabajo que reseñamos tiene algún valor por cuanto nos da a conocer la existencia de folletos mexicanos y la de algunos títulos de obras de Lizardi. El descubrimiento más importante —el de la existencia del primer volumen de la segunda edición de *El Periquillo Sarmiento* (México, 1825), que no había sido visto antes, que yo sepa, por ningún lizardista— no se menciona en este trabajo, pero la ficción está fuera del alcance de este estudio.

J. R. SPELL,
Universidad de Texas.

Disertación sociológica, LUIS LÓPEZ DE MESA.—Bogotá, Ed. El Gráfico, 1939.

Pulcramente editada —según lo anuncia *El Tiempo* de Bogotá—, en un volumen de más de seiscientas páginas, *Disertación sociológica* es “una obra monumental”, dividida en siete discursos que tratan “los temas fundamentales de la sociología americana” con tal “seguridad de pensamiento”, tal “profundidad en la visión del continente” y con tan “gran dominio del idioma”, que sin duda llegará a ser “el punto de referencia obligado de los sociólogos futuros”.

De esta obra del brillante ensayista y pensador profundo dice por ahora Luis E. Nieto Caballero, quien nos promete comentarla más tarde con cuidado:

“Disertación sociológica. Nada más! Y es el producto de muchos años de indagaciones y de meditaciones, con mente libre y curiosidad triunfadora, en persecución de las huellas del espíritu. Nacimiento del hombre y nacimiento de la idea, interpretaciones, coincidencias, la chispa de luciérnaga que se apaga y se enciende, la chispa que se agranda en cuanto a ella nos acercamos, porque es un fanal, la chispa, en fin, que viene a nosotros, y que es llama, que es incendio, que es conocimiento, para volver a ser, en otras generaciones o en otros espacios, humo y ceniza.

“Tiene López de Mesa la mente del filósofo. Como el antiguo, en el planeta ha hallado que no hay placer comparable al de conocer, al de comprender, al de coordinar, al de explicarse los misterios del universo, o no explicárselos sino en función de interpretaciones, en hipótesis, para sondear el porqué de esas razones, buscar la ley, interrogar al capricho o al impulso recóndito que en diferentes latitudes dicta las mismas normas o sugiere los mismos símbolos como el de la Trinidad, por ejemplo, a hombres diferentes.

“Placer supremo el de ver nacer y ver desarrollarse los mitos, las religiones, las artes, las ciencias, las filosofías y el de analizar las causas de los cometas humanos y acercarse a sus núcleos para determinar o descubrir el secreto de sus brillos! Placer supremo el de seguir al hombre desde el germen, desde el fósil, desde la caverna, estableciendo su diferencia con los animales, viéndolo ascender trabajosamente, luchar, idear, combinar, descubrir, inventar, salido del rugido o del bramido, para llegar a las dulzuras del canto y a las sutilezas divinas, del lenguaje, salido también de la intemperie, de la desnudez, de la calígene o del hielo, para cubrirse, para adornarse, para albergarse en palacios que no recuerdan sino en lo principal, y en el primordial destino, la habitación lacustre, rodeado de comodidades, de bellezas, de prodigios, inventando, como quería Rasch Isla, ‘en pecados de amor nuevos pecados.’

“El libro fundamental de López de Mesa, su suma, la organización de sus conocimientos, su contribución valiosa a la sociología y a la historia colombianas, está ahí, tentador, alucinador, lleno de enseñanzas y lleno de seducciones. Pero aunque otros filósofos —baste sitar a Bergson— son magos del estilo y hacen musical lo abstruso, acaso en ninguno es tan visible el dominio del arte sobre el pensamiento como en este compatriota nuestro, que de pronto abandona la disertación escueta y se pone a cantar, llevado por su propia contemplación, y es el poeta ante el cosmos, y es el acariciador de la frase, y es el orquestador que lleva a las palabras los rumores y las detonaciones del agua y de los vientos.

“Quizá no le guste el elogio, empeñado como está en la tarea filosófica, tan severa y tan honda, pero no podemos privarnos de decir que su libro es un libro mágico en el que hay senderos para todas las cavilaciones y ondas caprichosas para todos los sueños. Ahí estamos nosotros, en los lejanos muiscas y en los conductores modernos de la América Latina, en lista que se pudiera cambiar, en más y en menos, pero que es, en todo caso, un generoso reconocimiento y un principio de clasificación de nuestros mayores espíritus.

"Es Domingo de Pascua! Sale el libro como una bandera en la diestra de un redentor de ignorancias".

L. E. NIETO CABALLERO.

Recuerdos de colegio, RITA A. DE MEJÍA ROBLEDO.—Pereira, Ed. Panoramas, 1939.

Recuerdos de colegio son páginas que se leen como un poema, con rapidez, con simpatía, en este caso con melancolía, con ternura, porque la imaginación se lanza de regreso a los años vividos, y en cada infancia, por lo mismo que hay dulzura, hay un depósito amable de tristeza.

Oasis el de los recuerdos, con las fuentes y con las palmas que presenta la evocadora, nacida en Panamá, llenos los sentidos de mar y con un concepto del hogar perfectamente español, perfectamente latinoamericano! En los recuerdos predominan sus años de colegio. Colegio de Welgelegen, en Curaçao, por cuyo nombre pasa rápidamente, dejando la ofrenda de su gratitud y de su cariño a Sor María Teresa, una monjita de belleza rara, que llenó de luz los salones de clase y las encrucijadas del espíritu.

Lo demás, casi la totalidad del libro, es la descripción de Wavre Nôtre Dame, lo que la autora llama "inmensa colmena estudiantil", cerca de Malinas, Bélgica, donde tuvo la suerte de pasar unos meses inolvidables e inefables, con gran número de amigas panameñas, en un colegio que tenía más de setecientas alumnas. Grandioso plantel, con enormes salones, deliciosos dormitorios individuales, embrujada capilla, jardines, campos de deportes, patio de gimnasia, biblioteca, museo, galería de arte, agradables sistemas de enseñanza, bajo el comando de unas dulces monjitas entre las cuales formaban excepción las ásperas.

El relato de la señora de Mejía Robledo tiene el perfume de esos años y de esos jardines. Todo en él es diáfano. La vida común y corriente de un colegio, con sus alegrías, con su murria, con sus travesuras, con sus preferencias, aparición de las amistades amorosas, que tienen sus celos y tienen sus angustias, bañado todo en la luz de la inocencia, contado así, con el arte de la sencillez, en que se siente latir el corazón y en que la imaginación no es la loca de los cambios y los derrumbamientos, sino la pequeña artista que con los colores de la estudiantil paleta va convirtiendo los deseos en matices, para pintar a su gusto el horizonte.